AGUSTIN GARCIA CALVO

Juan Tomé
Cruz Ibarrá
Jesús Brox

He escuchado a Agustín García Calvo unas cuantas veces.

La primera en la Facultad de Físicas de Madrid. El y otros deseccionaban el papel de la Ciencia como superestructura represora. Lo único que sabía de él era que le habíanexpulsado de su Cátedra de la Universidad en 1965 por motivos políticos. Luego en 1976 la recuperó.

La crítica de la Ciencia que allí se hizo era de distinto nivel que la habitual; de distinto nivel que la que haciamos los estudiantes por dura que fuera. Era crítica radical, desde la raiz; crítica genealógica, desde los orígenes. Aquel día no entendí nada de lo que decían porque para mí era totalmente nuevo; pero descubrir, como al trasluz, ese otro nivel fue importante.

La segunda vez en Sevilla, en el Palacio de la Diputación. Era una conferencia sobre el Arte que empezó en el Salón de Plenos y terminó en un corro grande en el patio andaluz del palacio. Se trataba sobre el papel del arte en la sociedad. Pensamientos sencillos, muy bien contados pero muy profundos. Salimos como si nos hubieramos refrescado la cara y las

ideas; hacíamos esfuerzos por recordar, repetir y escribir cosas que se habían dicho que por sutiles, fugaces, preciosas por tanto para nosotros, no queríamos dejar escapar. Nos fuimos a casa de alguien a contarlas. Yo creo que, más que nada, para ver si éramos capaces de hacerlo y presumir de ello y de nuestros descubrimientos. Presumir de que nos habían abierto una ventana, habíamos mirado y habíamos sido capaces de ver.

En otra ocasión, con motivo del centanario de Marx, hablaba Agustín García Calvo sobre marxismo. Rebuscaba en sus raices para alumbrar la crisis del método marxista, de los partidos políticos marxistas y de su capacidad revolucionaria. Su reflexión en voz alta era pesimista. Pero libre. Capaz de abordar la crítica de cualquier sistema de valores. Capaz de soltarse de cualquier clavo ardiendo para caer en el vacío y seguir bregando, mientras caía, por alguna indefinida y pequeña esperanza.

El último encuentro con él ha sido para hacer la entrevista que teneis delante. En ella analiza el término **popular** o la expresión **lo popular**. Os deseamos que os dé qué pensar.

El adjetivo popular se usa con frecuencia. Aparece detrás de sustantivos como cultura, democracia, arte, entre muchos otros. Pero, ¿qué significa popular?, ¿qué se entiende por lo popular?.

Hay lo primero una idea de lo popular: esta idea no puede ser popular (el pueblo no habla de sí mismo como pueblo) sino culta, impuesta desde arriba: la idea que sirve para desarrollar las actividades culturales de folklore y que (lo que es peor) sirve también para convencer a núcleos más o menos vastos de población que constituyen unidad, una unidad fundada en las supuestas características de un pueblo determinado, que bien mirado no es más que la idea de ese pueblo que se han formado los literatos y los políticos. Parece claro que si "pueblo" quiere decir algo, lo querrá decir por oposición a otras entidades bien definidas como "nación" "estado" o en último término esas masas de que suelen hablar los dirigentes del comercio y la política; así que pueblo tendría que ser, por el contrario, algo indefinido y por el hecho de ser indefinido no computable en número de almas como lo son las poblaciones de los estados y las masas de votantes o consumidores que las estadísticas computan. Cada vez se me parece más evidente que con palabras como pueblo o gente solamente se podría aludir con cierta inocencia a algo que se contrapusiera por un lado con masa o población computable y por otro lado con individuo o persona; porque ello es que la masa está compuesta de individuos (así se pueden contar en total los votos con que cada uno expresa su voluntad personal dando como resultado una especie de voluntad total lo mismo que sucede también en la creación de gustos personales por el comercio que vendría a producir una masa total de consumidores lo bastante satisfactoria) de modo que hay una concomitancia y en cierto modo identidad entre "individuo" y "masa" (como el elemento de un conjunto es en cierto modo idéntico con el conjunto todo); pero en cambio eso a lo que aludimos con pueblo o gente no puede estar compuesto de individuos: sólo uno es uno cuando todos en conjunto forman un cierto número. Esa situación intermediaria y relativamente misteriosa, que hace al pueblo escapar de las cadenas de la personalidad y de la masa, es la sola gracia que pienso que merece la pena seguir tratando de sugerir por medio del uso de los términos que aluden a lo popular.

En la ciudad (sobre todo en la gran ciudad) las masas son más importantes que en el campo. ¿Es distinto el pueblo de la ciudad que el del campo? ¿Es más fácil encontrar pueblo en el campo que en la ciudad?

Desde luego el establecimiento de la ciudad, en el viejo sentido que corresponde a una situación anterior al perfeccionamiento de los estados, en la cual las ciudades eran todavía los núcleos fundamentales de la vida colectiva, no tenía por qué estar en contraposición con la presencia, igual que en los campos y en los pueblos, de esa cosa indefinida a la que aludo con pueblo o gente, y ello a pesar de que las murallas características de la ciudad parecerían ser literalmente un elemento de definición, así como el carácter de centro de región (lugar de feria y sitio del poder y la administración) podría sugerir para la ciudad un comienzo de organización geométrica del ámbito; pero aún con todo eso hay una enorme diferencia entre el tipo de organización de la vida ciudadano (burgués) y la forma de organización más avanzada que ahora padecemos en la cual ya no hay propiamente ciudades sino sólo conglomerados (informes, sin murallas pero sin embargo mucho más rígidamente establecidos y regidos desde el poder y la abstracción) conglomerados metropolitanos o sucursales de esos centros del estado; en suma que así como bajo este régimen más perfecto del estado y la abstracción la vida del campo propiamente dicha ha desaparecido (los campos han de convertirse o bien en factorías en algunos lugares de producción agrícola o bien el resto en bolsas desiertas que este tipo de estado tecnocrático requiere) así también ha desaparecido la vida ciudadana: en una y otro lado la tendencia imperante es la de eli-

minar esa cosa indefinida que era la gente, cosa por tanto molesta para la administración y el poder abstracto, y reemplazarla por masas bien contadas de consumidores y votantes en las cuales cada uno sea cada vez más cada uno, tenga más personalidad, a fin de que todos en conjunto puedan formar algo bien definido y facilmente manejable para ese poder abstracto. En este sentido pienso que es como hay que entender la desaparición simultánea de la gente tanto en campos como en ciudades y como hay que ver qué es aquello que trata de reemplazarla.

> Entonces, ¿dónde, en qué situaciones se puede encontrar pueblo o gente? ¿Cómo reconocerlo?

El método para encontrar algo de eso es, por supuesto, proceder al revés, es decir, buscar los lugares en que se manifiesta aquello que he llamado masa y que he dicho que coincide con los individuos: de esa manera nos cabría pensar que allí donde no se manifiestan esos rasgos de masas y de individuos, a lo mejor habría algo de gente o pueblo.

La manifestación de las masas es bien aparente, por ejemplo, en un estudio durante un partido de fútbol: nótese que así como esa población está debidamente contada por la administración y responde ocasionalmente toda ella como un solo hombre, por ejemplo con un aullido unánime de "gol" oído desde lejos, así también, por otra parte sus componentes se demuestran exarcebadamente individuales, lo cual explica no sólo las disputas furibundas cuerpo a cuerpo que se pueden dar durante el partido sino también la prolongación de esas disputas personales el lunes siguiente en el bar donde cada uno de los participantes sostendrá su opinión privada respecto, por ejemplo, al comportamiento del árbitro con una convicción y pasión que apenas podrá encontrarse en la misma persona para sostener ninguna otra idea: que esa opinión se reconozca como masivamente impuesta (por ejemplo a través de los medios de difusión) no le quita para nada que al mismo tiempo sea sumamente personal. Ya podéis imaginar qué otros casos se pueden analizar según el mismo esquema: así la masa de los televidentes, cuya sumisión a lo que el aparato necesita se manifestará sin embargo como gusto personal y conveniencia familiar; así también en una votación democrática donde se supone que es la suma de las opiniones personales de cada uno lo que ha venido a dar para el total de la población una opinión expresable en forma de tantos por ciento que simplemente indican el grado de seguridad que en su opinión tiene la masa total considerada como un solo hombre. En éste y otros casos parecidos vemos manifestarse la masa y los individuos. Es claro que también en trances de la vida privada, cuando por ejemplo se desarrolla una polémica de opiniones en el seno de una pareja amorosa o en las disidencias dentro de una familia o en los rencores mutuos que pueden animar a los componentes de un cuerpo burocrático, vemos manifestándose claramente individuos en los más neto y enconado de su personalidad: según lo dicho habrá que suponer que esas actitudes personales en la relación amorosa, la familia o el oficio deben ser al mismo tiempo actitudes masivas, totalizables, sometibles a estadística, y en efecto poco cuesta comprobar que cuanto más personales son esas actitudes para cada uno, más se revelan manifestaciones de modelos rígidamente impuestos a la totalidad para los ojos del observador externo. Pues bien, sólo queda decir que en los sitios en donde no se manifiesten ni las masas ni los individuos podríamos acaso estar oyendo algo de la voz del pueblo y percibiendo algo de sus verdaderos sentimientos, no convertidos en ideas de sí mismos.

Cierto que si me pedís ejemplos de esa situación me va a ser mucho más difícil darlos que lo que me era encontrar ejemplos de individuos y de masas y por una razón harto evidente, si es que eso a lo que aludo con pueblo es cosa indefinida y no manejable; pero con todo para que no penséis que con lo dicho la gente o el pueblo quedan reducidos simplemente a alguna forma de irrealidad o no presencia os puedo dar como sugerencia de ejemplo aproximativo el que a veces me he encontrado en la gente que forma lo que se llama un público, relativamente poco organizado, de límites imprecisos en su constitución, como el que con suerte puede formarse con ocasión de una función teatral, de una fiesta relativamente improvisada, incluso de una charla pública o una clase que por alguna razón se sale de las normas que le están habitualmente impuestas o, en fin, como el que en los años 65 me encontraba en las improvisadas asambleas de estudiantes: en algún caso de esos se da de hecho este sorprendente descubrimiento de que unos cuantos de los participantes son capaces de tener ocurrencias y decir cosas que desde luego esos mismos tomados aparte como personas en el pasillo, en el bar o en su casa, habrían sido incapaces de tener ni decir; al mismo tiempo ese especial latido o modo de reaccionar de un público en esas condiciones ni como individuos ni como masa, revela una forma de inteligencia y de exactitud en el sentimiento que nunca podría esperarse de las personas individuales ni desde luego de las masas organizadas desde arriba.

> ¿Qué pensarías de la situación como la procesión de la Macarena en Sevilla con sus reglas, ritos, pasión, celos...?

El ejemplo viene bien porque es importante aclarar que no es la presencia de reglas o de ritualización más o menos rígida de los gestos los que convierte a la gente en una masa: por el contrario pienso que en el caso que propones de participación popular en una procesión de Semana Santa como en aquel otro al que aludía de un público activamente participante en una función de teatro o hasta en una charla pública, las reglas y el rito no estorban para nada la aparición de ese sentimiento inteligente, de esas ocurrencias no personales y no imbuidas por el Poder que me

parecían revelar un asomo de algo a lo que aludo como "gente". No, la diferencia no esta ahí: lo que determina el paso de lo uno a lo otro es eso a lo que repetidamente he aludidp diciendo "desde arriba" y a lo que se podría contraponer un "desde abajo": es decir que hay un modo de organización que está impuesto desde los órganos del Poder constituido, y también en el individuo desde las llamadas "facultades superiores" (su conciencia, su voluntad), y hay otro modo que no procede de ahí sino que puede estar promovido por impulsos, deseos, ocurrencias de la gente (ni de uno ni de todos), ocurrencias y deseos que ni en la vida personal es capaz de manifestar cada uno por separado, ni tampoco el Poder y la Ley son capaces de estatuir ni de imponer: lo más que puede hacer Uno o el Estado es imitar torpemente al pueblo: Uno cuando, por ejemplo como poeta, intenta producir algo que suene como voz del pueblo; el Estado cuando, como tanto sucede hoy en día, trata de promocionar la cultura popular.

Agustín García Calvo es lingüista. Para terminar la entrevista decidimos hablar del lenguaje, del papel que le corresponde en estos procesos.

Justamente tengo que decir que muchos de los descubrimientos sobre ese tinglado en que la gente se opone tanto a los individuos como a las masas del Estado y el Capital creo que me han venido del estudio del lenguaje, porque la lengua (una lengua determinada y también la lengua en general) es algo que desde luego no pertenece al individuo (como se demuestra en el hecho de que yo apenas pueda hacer nada para modificar el significado de una palabra, cambiar una regla sintáctica o alterar el sistema fonémico de mi lengua) ni pertenece tampoco a las instancias superiores del Poder: tampoco el Estado (aunque sea a través de esa parte de su Aparato Cultural que son las Academias Nacionales) ni tampoco el Capital (a través por ejemplo de los recursos de la publicidad comercial) pueden hacer nada por la lengua ni contra la lengua: apenas igualmente podrán llegar más que a alguna pequeña alteración en lo más superficial, en ciertas zonas del vocabulario, en ciertas normas de pronunciación pedante para locutores, pero nunca llegar al sistema mismo de la lengua, al repertorio y reglas combinatorias de los fonemas, al sistema de los pronombres personales, a las reglas sintácticas de la negación por ejemplo. Así que si con alguna forma de comunidad humana hay que relacionar a la lengua habría de ser con esa a la que hemos aludido como "pueblo" o "gente" indefinida: la lengua es del pueblo (y el pueblo de la lengua) lo cual propiamente quiere decir que no es de nadie, ni de mí, ni del que manda. La lengua, que no es cultura sino que está por debajo de toda la cultura, sería el lugar de manifestación por excelencia de esa gente, acaso todavía viva de la que hablamos; y ello (aunque no deje de haber aquí una cierta contradicción) lo mismo se refiere por un lado al pueblo de una lengua determinada que al pueblo en general, al que correspondería lo que de gramática general puede haber en cualquier lengua del mundo.